

Capítulo 4

Marx y Sraffa (1983)

Joan Robinson hace pocos años dijo lo siguiente:

“La diferencia entre un científico y un profeta no radica en lo que un gran hombre dice, sino en cómo es recibido. La obligación de los alumnos de un científico es contrastar sus hipótesis mediante la búsqueda de pruebas para refutarlas, mientras que la obligación de los discípulos de un profeta es repetir sus palabras verdaderas” (J. Robinson, 1979: *Marxism and Modern Economics*).

Lo que desearía probar en mi conferencia, o por lo menos argumentar persuasivamente, es que si bien Marx ha tenido muchos discípulos, han escaseado los alumnos, y que su alumno más aplicado en el campo de la economía política ha sido Piero Sraffa. Para los aficionados a sacar punta a las coincidencias y a la numerología, indiquemos que Sraffa falleció hace pocas semanas, el viernes 2 de setiembre de 1983, a los 85 años de edad.

La hipótesis básica sobre la que se articulará mi intervención es, creo yo, una trivialidad. Hay que partir del hecho de que Marx, desde el punto de vista de la economía política, es un clásico y no un profeta, una fuente interesante de problemas y de esbozos de

soluciones y no un oráculo infalible y a veces misterioso. Pero hay quienes no piensan igual: En la revista *Ciencias Sociales* (1983, n. 1) publicada por la Academia de Ciencias de la URSS, el señor Valtuj escribe: “*Las matemáticas son una ciencia exacta. La teoría económica marxista es también una ciencia exacta, lógicamente irrefutable. Por eso se hallan en profunda correspondencia interna*”. Naturalmente, perlas tan preciosas no se encuentran todos los días, pero con alguna paciencia es posible obtener una buena colección, aunque no sean tan llamativas como la que acabamos de exhibir.

Marx

Al menos para quienes no creemos en verdades reveladas, es obvio que la colosal construcción teórica elaborada por Marx no es completa, ni indiscutible, ni infalible, sino que contiene errores, incorrecciones y limitaciones. Sería necio esperar otra cosa.

Pero el marxismo, alimentado por la extraordinaria talla intelectual de Marx y por el desarrollo de los partidos socialdemócratas y comunistas, se convirtió pronto en una cuasi religión. Como bien sabemos en este país, las religiones dominantes son poco tolerantes con los descreídos y aún menos con los herejes. Sin duda, en las organizaciones obreras existía cierto substrato clerical (recuérdese la frase de Lenin, “*el marxismo es verdadero porque es cierto*”, recuérdese que Stalin se había instruido en un seminario), lo cual facilitó cierta sacralización de una corriente de pensamiento y acción poco orientada en tal sentido. Bien es verdad que los seres humanos somos propensos a absorber y reflejar ideologías o sistemas de creencias morrocotudas. De todos modos, en la vida social (y en la individual) hay contradicciones. Procede recalcar que el himno de *La Internacional* afirma rotundamente “*ni en dioses, reyes ni tribunos está el supremo salvador*”, mientras que en la práctica ciertos líderes han sido endiosados hasta extremos ridículos, e

incluso hace poco llegaron noticias de que en el lejano oriente se había procedido a la instauración de una “monarquía socialista hereditaria” en Corea del Norte, sin que el escandaloso hecho provocase reacciones airadas entre los adeptos al marxismo leninismo.

Marx consagró la mayor parte de su actividad intelectual a estudiar la “anatomía y fisiología” del modo de producción capitalista. En vida, publicó como obras esencialmente analíticas, solamente la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y el primer volumen de *El Capital* (1867), su gran proyecto teórico. Quedaron en estado de borradores y apuntes una inmensa cantidad de textos. Engels se ocupó de preparar los volúmenes segundo (1885) y tercero (1894) de *Das Kapital*. Kautsky compiló el volumen programado como IV, que pasó a tener vida propia con el título *Historia crítica de la teoría de la plusvalía* o similares. Más tarde se publicaron los *Grundrisse* (1939), o *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política*.

Por lo demás, no hay que olvidar que cualquier balance crítico debe distinguir entre obra publicada y obra póstuma, entre investigaciones preliminares y primeros borradores. Pues bien, desde el punto de vista de la economía política, en el que aquí nos situamos, la estructura de “*El Capital*” y el sistema conceptual adoptado resultó ser, a la vez, una extraordinaria fuente de planteamientos, recetas y esquemas mentales, así como también un freno para la profundización y la revisión.

Ocupémonos primero de los logros. Simplificando mucho y distorsionando un tanto, cabe clasificar las aportaciones de Marx en dos categorías: *aparato conceptual* y *leyes dinámicas*. Cien años después es factible una evaluación parcialmente objetiva de la vigencia de sus aportaciones. No pretendo que mi catálogo sea completo ni muy escrupuloso. Me conformo con ofrecer unas ponderaciones razonables a partir de lo que hoy sabemos.

La aportación más perdurable de Marx son, en mi opinión, los esquemas de la reproducción simple y ampliada. Constituyen un notable avance con respecto a su precursor, el *Tableau économique* de Quesnay, permiten visualizar un sistema económico en su totalidad y manejarlo intuitivamente. Sirven para demostrar de forma sencilla algunas propiedades fundamentales de una economía. De hecho, resultan muy apropiados para afrontar problemas macroeconómicos. No es una casualidad que la “revolución keynesiana” fuera precedida por Kalecki, un alumno de Marx y de Rosa Luxemburg, a partir precisamente de los esquemas de la reproducción. Formalmente son mucho menos “elegantes” que el modelo walrasiano de equilibrio general, pero conceptualmente me parecen muy superiores. Precisamente porque no sufren ningún shock cuando son colocados sobre un eje temporal (lo que si le ocurre a Walras), y permiten cualquier nivel de desagregación sin quedar colgados en el vacío (como les sucede a las funciones de producción agregadas).

Su principal limitación conceptual, desde una óptica moderna, radica en pasar por alto el papel y la importancia de los recursos naturales. No es una crítica dirigida a Marx, pues él dejó constancia de su sensibilidad frente a lo que hoy llamaríamos atentados ecológicos. Pero en su tiempo es claro que no alcanzaban ni la magnitud ni la gravedad que hoy tienen. Los discípulos pueden continuar pasando por alto estas cuestiones; pero los alumnos, no.

Otro gran apartado se relaciona con su teoría del valor trabajo. Constituye también una construcción teórica notable, aunque menos original y con limitaciones más difíciles de subsanar. Naturalmente, gracias al uso de la teoría del valor trabajo le resultó más fácil a Marx construir los esquemas de la reproducción, pues disponía de un artificio agregador poderoso. También hay que subrayar la importancia de dicha teoría (o

principio) como arma política. Hoy sabemos que la teoría del valor trabajo es lícita como construcción conceptual, pero que se enreda con dificultades muy serias cuando se quieren explicar mediante ella cambios de poca monta. Dicho sintéticamente: existe la TVT, pero no existe la “ley del valor”. Esto es así, porque tras ser escrutadas con esmero, esas relaciones entre valores y precios de producción han resultado ser mucho más complicadas de lo que Marx creía. Él vio perfectamente que se trataba de niveles distintos, que en realidad había 1) el nivel o plano de los precios efectivos (en el cual la ley de la oferta y la demanda jugaba un papel nada despreciable y a veces esencial), 2) el plano de los precios de producción (o «precios normales» marshallianos y, antes, precio natural o precio necesario) en tanto que “centros de gravedad” en torno a los cuales oscilan los precios efectivos, y 3) el plano de los valores (cantidades de trabajo directa e indirectamente contenido en las mercancías).

Las discrepancias entre 2) y 3), o sea, entre precios y valores se debían, como muy claramente vio Marx, a las diferentes «composiciones orgánicas del capital» en las distintas industrias. Si todas las empresas tuvieran la misma composición orgánica, el plano de los valores y el plano de los precios de producción se recubrirían perfectamente. Marx detectó, pues, el factor distorsionante e inventó un concepto útil (equivalente a la “relación capital trabajo” de la economía neoclásica). Pero, como veremos luego, ni la relación capital trabajo ni la composición orgánica son conceptos robustos ni rigurosos, sino más bien caracterizaciones pedestres de un fenómeno importante que reclama un esfuerzo de exactificación.

También creyó Marx que la plusvalía (un concepto en el plano del valor) y los beneficios (un concepto en el plano de los precios de producción) tenían que ser iguales, puesto que tenían los mismos referentes observables. Sin embargo, hoy sabemos que en general tal igualdad depende crucialmente del patrón de medida que se adopte.

Asimismo, la teoría del valor trabajo fue utilizada por Marx con vistas a cuantificar el fenómeno de la explotación por medio de un indicador (la “tasa de explotación”) definido como «trabajo no pagado / trabajo pagado” o “trabajo excedente / trabajo necesario” o bien “plusvalía total / valor de la fuerza de trabajo”. Estudios recientes han mostrado que no son siempre idénticas las tres expresiones y, sobre todo, que la cuantificación de la explotación no depende irremisiblemente del mantenimiento de la TVT.

La forma en que Marx determina el tipo de beneficios (o tasa de ganancia), la principal variable dinámica del sistema capitalista, tampoco es satisfactoria. Ello acarrea una incorrección en la transformación de valores en precios. También se sigue una defectuosa evaluación del papel de las industrias de lujo en un régimen capitalista. Y seguramente incidió en la presunción de que el tipo de beneficios tendería a bajar.

Especialmente sólida y original es la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, y muy esclarecedor su análisis del proceso de trabajo. En la misma sección hay que añadir que refinó la distinción entre trabajo productivo e improductivo, que habían elaborado Adam Smith y Malthus. Logró así un avance notable, pero insuficiente. También en este cortijo se echan de menos los alumnos y sobran los discípulos.

Hay, asimismo, en *El Capital* una caracterización sumamente cuidada del capital fijo, y una clara visión de las dificultades analíticas con que uno tropieza en su estudio. Pero hoy sabemos que el tratamiento riguroso del capital fijo requiere un enfoque de producción conjunta, lo cual conduce a modelos extremadamente complejos. No obstante, conviene dejar constancia de que Marx sabía que éste era el camino, aunque optara por una radical simplificación, hasta cierto punto permisible cuando se dan los primeros pasos.

Para concluir con este repaso apresurado del aparato conceptual señalaremos que el análisis de los costes de circulación es muy instructivo, pero contiene vacilaciones. Asimismo anotaré que los argumentos aducidos para defender el concepto de «renta absoluta» de la tierra no me parecen convincentes, y no soy el único que opina eso.

Veamos ahora las *leyes dinámicas*. Marx concedió gran importancia a una serie de “leyes” o tendencias dinámicas del capitalismo. Precisamente uno de los capítulos más brillantes de *El Capital* es el dedicado a la acumulación primitiva. Y abundan en la obra de Marx las reflexiones sobre la dinámica capitalista, tanto las referidas a largo plazo como a medio plazo. En síntesis, la acumulación de capital se constituye en eje en torno al cual se interrelacionan ejército industrial de reserva y el aumento de la composición orgánica de capital, crisis de realización de beneficios y destrucción de capital, auge y sobreacumulación, pauperización y tendencia decreciente del tipo de beneficio.

Globalmente mi opinión es que Marx demostró una extraordinaria intuición respecto de las direcciones que puede tomar un sistema capitalista y del tipo de bloqueos que pueden afectarle. Pero no hay una sistematización satisfactoria (tampoco disponernos de ella hoy), sino que más bien se nos presenta una amplia colección de conjeturas, de hipótesis, de interrelaciones parciales.

Nos llevaría demasiado tiempo discutir pormenorizadamente estas “leyes”. Pero por lo menos hay que apuntar aquí que la argumentación de Marx para sostener la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no es correcta. A veces, no obstante, una demostración es incorrecta, pero el teorema es válido. A mí particularmente me interesan muchísimo más los teoremas que las demostraciones. Lo que deseo subrayar es que el teorema es falso, esto es que el tipo de beneficios puede perfectamente crecer

(si hay progreso técnico) o permanecer estancado sin disminuir con tal de que emerjan y se desarrollen industrias de bienes no básicos.

Alumnos y discípulos

Durante muchas décadas, Karl Marx (“alemán y economista”, como se autodefinió en la *Miseria de la Filosofía*, frente al “francés y filósofo” Proudhon) casi no tuvo alumnos, aunque sí muchos discípulos.

Quiero aportar algunas pruebas a este respecto. Marx, según confesó él mismo en el epílogo (24-1-1873) a la segunda edición de *El Capital* había redactado el primer capítulo de su principal obra siguiendo el “modo de expresión” hegeliano, como manifestación de admiración y respeto por un gran pensador que estaba siendo tratado en aquel momento como un “perro muerto” (un «árbol caído» sería una traducción contextualmente más exacta). El «coquetear» con la dialéctica –daba a entender y ponía en guardia– podía distorsionar la comprensión del enfoque y método realmente adoptado.

Pues bien, creo que esta deformación hegeliana influyó en la adopción de la «mercancía», como punto de arranque expositivo. La «mercancía» fue elevada a quintaesencia del modo de producción capitalista y se cargó sobre ella la tarea de convertirse en el núcleo generador de un impresionante sistema conceptual laboriosamente construido a partir de un inmenso esfuerzo de recepción y asimilación de investigaciones y reflexiones de una inmensa cohorte de economistas. Como señaló Schumpeter, “*Marx había leído, analizado y criticado las obras de muchos autores*”, y “*conocía casi exhaustivamente la literatura*” (Schumpeter, 1954, HAE, 446).

Ya hemos echado una ojeada a los espléndidos resultados que son todavía admirables a pesar de las numerosas objeciones que

también hemos puesto sobre el tapete. Pero deseo llamar la atención sobre el siguiente extremo. No creo que el mejor punto de arranque sea la mercancía. En cualquier caso, quienes no compartan esta opinión, tendrían que estar de acuerdo en que *es posible* iniciar una estructura teórica idempotente a partir de otros elementos.

Ahora bien, de los numerosos textos de iniciación a la economía política marxista publicados entre 1880 y 1970, sólo uno, que yo sepa, el de Rosa Luxemburg *no* comienza por “el valor” y “la mercancía”. Sin embargo, todos los que hemos dado cursillos de iniciación sobre aquel asunto sabemos cuán difícil es lograr que dichas categorías sean cabalmente entendidas y asimiladas. O sea: un recorrido argumental que presenta severos límites en el plano didáctico, ha sido ritualmente respetado durante muchos decenios. En ningún otro campo del saber hallaríamos semejante fidelidad, lo cual refuerza la sospecha de que dicho saber se ha transmutado en *doctrina* que se recita sin espíritu crítico.

Veamos ahora otra prueba referida a un elemento concreto del entramado marxista. Uno de los pocos alumnos que tuvo Marx fue Ladislaus von Bortkiewicz (1868-1931). Este estadístico-matemático-físico-economista polaco-ruso-alemán publicó entre 1906 y 1911 algunos artículos en los que se pasaba revista de forma cuidadosa a las concepciones económicas de Marx, y se demostraba que existían algunas incorrecciones importantes. De todos modos, Bortkiewicz opinaba que el armazón teórico no se veía invalidado por los errores detectados, pero estimaba que era preciso examinar con cuidado y por separado los componentes a fin de lograr una construcción sólidamente anclada en bases firmes.

Pues bien, algunos de los errores perfectamente detectados por Bortkiewicz, “*sería por eso totalmente inadmisibile, por ejemplo, equiparar el precio total al valor total y simultáneamente la*

ganancia total con la plusvalía total” (1906, p. 50), todavía son repetidos por individuos que se llaman marxistas, pero que, obviamente, por su comportamiento, deben ser tachados de «discípulos del profeta Marx». No hablemos, por lo demás, del silencio –y la ignorancia– que en torno a las valiosas aportaciones de Bortkiewicz se tejieron durante muchos años, incluso en épocas recientes, mientras se desenterraban fósiles o se vendían como rosquillas catecismos vergonzosos.

En definitiva, la calidad teórica de *El Capital* fue, a la vez, una suerte y una desgracia. Una suerte, porque suministró al movimiento obrero de ciertos países un valioso instrumental y recetario que tardaría años en poder ser superado. Una desgracia, porque alimentaba la beatería y dificultaba los esfuerzos renovadores, avivaba la pereza mental y daba pie a creer que las paredes maestras del edificio no debían alterarse y que sólo quedaban tareas de embellecimiento y divulgación, amén de amueblar la buhardilla.

Sin embargo ni siquiera las religiones más longevas y mejor articuladas son capaces de sustraerse a la erosión que comportan los cambios políticos, sociales, económicos y tecnológicos. Así, entre 1960 y 1975, para usar sin rigor unas fechas tópicas, puede afirmarse que en los países del Este el marxismo se había convertido en una ideología cadavérica que Marcuse (¿quién se acuerda de Marcuse?) describió con perspicacia como “el marxismo soviético”. Mientras, en los países occidentales diferentes variantes del marxismo se utilizaban como caperuzas legitimadoras de prácticas sociales que tampoco tenían mucho que ver con el ideario y el proyecto de Marx. En fin, en un marco de desarrollo económico notable, con ascenso sustancioso del nivel de vida de los proletarios, el conflicto chino ruso, la guerra del Vietnam, el mayo francés y la invasión de Checoslovaquia se sumaban episodios y acontecimientos muy llamativos que hacían volar por los aires las doctrinas heredadas o, al menos, las resquebrajaban seriamente.

Durante dicho período, también la economía política marxista se vio inmersa en una profunda crisis. Por fortuna, en 1960, había aparecido un libro revolucionario del mejor alumno de Marx del siglo XX. El libro se titulaba *Producción de mercancías por medio de mercancías*, y el autor se llamaba Piero Sraffa.

Sraffa

Antes de justificar mi calificación de Sraffa, deseo presentarles al personaje. Empezaré por una anécdota. Tras unos meses de estancia en Inglaterra le preguntaron a Kalecki qué tal le habían parecido los *gentlemen* británicos. Kalecki respondió que sólo había conocido a dos, y que uno era comunista y el otro, italiano. Se trataba respectivamente de Maurice Dobb y de Piero Sraffa.

A pesar de su longevidad (nació en 1898) su obra publicada es sumamente escasa. Creo que ningún otro economista de primera fila ha sido nunca tan parco en publicar. Sin embargo, ha dejado huellas en muchos lugares. Señalemos algunos.

Piero Sraffa formó parte del grupo de estudiantes socialistas turineses y trabó amistad con Antonio Gramsci en 1919. En enero de 1921 se funda el partido comunista de Italia. El 21 de marzo de 1924 Gramsci escribía a Togliatti y, con relación a Sraffa, comentaba: “*Tras los contactos mantenidos con nosotros en Turín ha permanecido aislado y jamás ha actuado en los medios obreros, pero ciertamente es todavía un marxista y para enderezarlo y hacer de él un elemento activo de nuestro Partido, al que podría prestar grandes servicios tanto ahora como en el futuro, bastará solamente con mantener un contacto regular*”.

Esta amistad fue providencial para salvar de la barbarie fascista los *Cuadernos de la cárcel*, redactados por Gramsci durante su largo encarcelamiento. Debemos a Sraffa el salvamento de estos Cuadernos que consiguió sacar de Turín y

luego depositar en la caja fuerte del presidente de la Banca Commerciale Italiana. Para describir las circunstancias reproduzco unos fragmentos de la entrevista mantenida con Sraffa por una reportera que recogía testimonios sobre Gramsci, Maria Antonietta Macciocchi (*Pour Gramsci*, 1974) el 11 de mayo de 1973.

–Usted es el único amigo –expone Macciocchi– que visitó asiduamente a Gramsci, desde la primera vez en Milán, en 1929, luego en Formia en la clínica del doctor Cusumano de 1934 a 1935 y, finalmente, en Roma en la clínica Quisiano de 1935 a 1937.

–Yo era profesor de Cambridge. Era amigo de Gramsci desde los tiempos del Ordine Nuovo. De Cagliari, donde era profesor, fui llamado a Cambridge en 1927 como profesor de economía política y, desde entonces, enseñé en Cambridge. El fascismo sentía cierto respeto hacia mí... Venía de Inglaterra donde enseñaba en la Universidad de Cambridge y, sabe usted, la reputación de Cambridge... incluso sobre los fascistas tenía influencia.

–Pero, ¿tenían ustedes escuchas?

–En Formia, no. Estaba en libertad vigilada. Hablábamos solos en su habitación o nos paseábamos. En Roma también hablábamos solos.

–¿Cuánto tiempo permanecía con él?

–Una semana, quizás algo más, pero le veía casi todos los días e iba a verle cuatro o cinco veces por año.

El rastro de Sraffa se halla también en *La economía de la competencia imperfecta* (1933) de Joan Robinson, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936) de Keynes, *Economía política y capitalismo* (1937) de Dobb; *Valor y capital* (1939) de Hicks, *Investigaciones filosóficas* (1945) de Wittgenstein, *La acumulación de capital* (1956) de Joan Robinson. Y cito solamente obras muy afamadas de autores de categoría.

Reproduzcamos también algunos recuerdos:

*“Cuando en 1929 regresé a Cambridge y empecé a dar clases, las enseñanzas de Sraffa comenzaban a penetrar nuestra insularidad. Sin inmutarse, éste iba llevando a cabo el sacrilegio de señalar las inconsecuencias de Marshall –también seguía reverberando su artículo de 1926– al mismo tiempo que revelaba la existencia de otras escuelas, aunque no fueran mejores” (Joan Robinson, 1951, Introducción a *Collected Economic Papers*, I).*

Otro testimonio referente a una fecha posterior: *“Mi interés por la economía política marxiana se remonta a los años 1937-40, cuando aún era estudiante universitario de Economía en Cambridge; en donde la mayor parte de mi trabajo lo realicé con Maurice Dobb y Piero Sraffa (...) En reuniones fuera de los cursos académicos tanto Maurice Dobb como Piero Sraffa discutían sobre teoría económica y sobre la economía política marxiana, dejando una impresión indeleble en mi mente. (...) Piero Sraffa me impresionó con su convicción de que era perfectamente posible, aunque difícil, transformar una teoría de la economía política en una ciencia exacta basada en una precisión absoluta de conceptos (aunque podamos acercarnos poco a ello en el trabajo empírico) que pudiera manejarse con tanta eficacia como los instrumentos de un cirujano o de un soldador para diseccionar o dismantelar, y luego volver a montar las interconexiones "invisibles" del proceso económico, cuyo conocimiento es esencial para la acción política revolucionaria. En esta empresa Sraffa opinaba que la literatura sobre economía política marxiana (...) estaba como un tesoro escondido a disposición de quienes no se vieran repelidos por el estilo literario de Marx, repetitivo y un tanto anticuado” (Arun Bose, 1975, *Economía política marxiana y postmarxiana*, págs. 13-14, vc revisada)*

Veinte años después, Sraffa reiteraba, en un foro internacional y en una de sus raras intervenciones públicas, la importancia que atribuía a la exactitud teórica: *«Se debe hacer hincapié sobre la diferencia entre dos tipos de medición. Primera, una en la que están principalmente interesados los estadísticos. En segundo lugar está la medición en la teoría. Las mediciones de los estadísticos son aproximadas y suministran un campo adecuado para la resolución de problemas de números índice. Las mediciones teóricas requieren absoluta precisión. Cualesquiera imperfecciones en las magnitudes teóricas no son simples discordancias, sino que hundan toda la base teórica»*. (Conferencia de Corfú de la A.E.I. sobre *Teoría del Capital*, 4-11 de septiembre de 1958).

Joan Robinson ha relatado con su vigoroso estilo ciertos rasgos del clima intelectual de los economistas teóricos ingleses en los años 30 y 40. *“Mientras las explosiones de la Revolución Keynesiana retumbaban sobre nuestras cabezas, Piero Sraffa estaba zapando y minando con vistas a preparar su propia revolución. Salió primero a la superficie en 1951 con la "Introducción" a los Principios de Ricardo. Ricardo se había ocupado de la distribución del producto de la tierra entre las clases sociales. Si se prescinde de la renta de la tierra, se trata de las proporciones del producto nacional neto que van a los salarios y a los beneficios. La teoría clásica que recibió Keynes a través de Marshall era un Ricardo travestí. En los Principios de Marshall hay una especie de fantasma de tasa de beneficio normal a largo plazo, pero expresada solamente en términos de desviaciones con respecto a ella causadas por cambios inesperados de la demanda y arropada con los conceptos moralizantes del "beneficio como recompensa de la empresa e interés como recompensa de la espera", pero su doctrina de que los "costes reales" de producción son los "esfuerzos" de los trabajadores y los "sacrificios" de los capitalistas sirvieron para que fuera vulgarizado en esta línea por J. B. Clark. Keynes sabía muy bien que esto no servía, pero no tenía nada para poner en su*

lugar. Sraffa lo replanteó, recuperando la teoría de Ricardo de que la tasa de beneficio viene determinada por las condiciones de producción en términos físicos y la proporción de los salarios con respecto al producto neto”. J. Robinson, «Keynes and Ricardo», 1978 en FCME, 1980, pp 80-81).

Producción de mercancías por medio de mercancías

Con este insólito título se publicó en 1960 un pequeño gran libro que conseguía por fin resolver muchos de los rompecabezas marxianos. El esquema resulta, una vez conocido y digerido, extremadamente simple: una economía se representa como un sistema de transformaciones de bienes físicos en bienes físicos de forma totalmente desagregada y con trabajo homogéneo en cantidades definidas. Para evitar complicaciones de otra índole se contempla esta economía en una situación de estado estacionario de forma que los *inputs* físicos consumidos productivamente durante el período de producción son reemplazados en especie a partir del producto final obtenido. Queda un excedente: el flujo de producto neto es entonces una lista de cantidades de bienes físicos heterogéneos.

Se trata, pues, del enfoque de la *reproducción*, esto es, contemplar la producción, distribución y consumo como un proceso único, cíclico y social en contraposición con el enfoque por tiempos, ahistórico e individualista que la enseñanza dominante en economía tiene como trasfondo.

A partir de este enfoque y esquema, Sraffa se propone determinar los posibles valores de las variables distributivas. Pero para ello deberá calcular *simultáneamente* los precios. Bajo los supuestos máximamente simplificadores (producción sin excedente) los precios surgen directa y exclusivamente de las relaciones técnicas (o sociotécnicas) de producción. La introducción del excedente exige la incorporación de variables distributivas que reflejen las pautas según las cuales se efectúa el

reparto de dicho excedente. En un sistema capitalista es el tipo de beneficio la variable clave. Por otro lado, Sraffa se aparta de la visión clásica que consideraba dado el valor de la fuerza de trabajo y pasa a considerar el caso más realista de que el salario efectivo recubra una parte del excedente.

Desemboca entonces en un modelo formal de ecuaciones simultáneas con un grado de libertad. Para cada proporción de salarios existe una estructura particular de precios normales que producen una específica y uniforme tasa de beneficios sobre el valor de los medios de producción que dichos precios permiten homogeneizar. La principal conclusión que se deriva de ello es que las condiciones técnicas *no* determinan las proporciones como se reparte el excedente, lo cual pone fuera de combate a la “productividad marginal del capital” como determinante del tipo de beneficios de una economía.

El libro de Sraffa ha tenido efectos destructivos notables. El resultado mejor establecido hasta hoy es el relativo a la imposibilidad de medir el capital como una magnitud cuantificable antes de fijar las proporciones distributivas. Entre 1965 y 1970 se planteó y zanjó el debate sobre la medición del capital con el reconocimiento por parte de todos los participantes de que las funciones de producción agregadas eran teóricamente defectuosas. Evidentemente, en la enseñanza y en la econometría práctica continúan funcionando conceptualizaciones de esta índole; pero –aunque se oculte a los estudiantes– los expertos saben que se trata de construcciones insatisfactorias.

El subtítulo de la obra que comentamos reza: “*Preludio a una crítica de la teoría económica*”. Es impropio, por lo tanto, achacarle ciertas ausencias. Sraffa investiga propiedades muy generales de un sistema económico y da de lado a muchos otros aspectos importantes. No se plantea la temática de la acumulación capitalista, ni el problema de la realización o de la demanda efectiva, ni siquiera el análisis del proceso de trabajo. Tampoco

examina los aspectos monetarios, el comercio exterior o el papel de la demanda de los consumidores. Ni siquiera discute las secuencias ni la forma de dependencia entre las variables conectadas. Su objetivo está perfectamente acotado: «*La investigación se ocupa exclusivamente de aquellas propiedades de un sistema económico que no dependen de variaciones en la escala de producción o en las proporciones de los “factores”*» (PMMM, 11).

Sraffa y Marx

Empecemos de nuevo con un testimonio de Joan Robinson: “*Piero se ha mantenido siempre cerca del Marx puro y sin adulterar y mira con recelo mis correcciones. Los dogmáticos dicen que él “no es marxista” (y han inventado una categoría especial –neo-ricardiano– para encasillarle. Al parecer, un neorricardiano es alguien que cree que vale la pena esforzarse seriamente para expresar rigurosamente sus ideas, mientras que para “ser marxista” es preciso repetir, sin digerirlas, frases librescas*” (1977, «*The Labour Theory of value*» en FCME, p.188).

El enfoque sraffiano coincide –creo yo– con el de Marx. Con independencia de los vaivenes económicos ocasionados por la competencia o factores esporádicos e incluso de distorsiones estables (monopolio, por ejemplo) se trata de indagar las conexiones profundas de una estructura que se reproduce a lo largo del tiempo.

La concepción básica que se desprende de los trabajos de Sraffa es que el punto de partida moderno ha de apoyarse en la reproducción y el excedente. Por otro lado, Sraffa nos ha enseñado que *todos* los esquemas agregados están preñados de falacias, aun cuando puedan ser justificables como primeras aproximaciones. Pero para lograr una representación formalmente rigurosa de las bases materiales de una economía

hay que proceder a la representación desagregada e interdependiente. Esta fue la gran innovación instrumental de Walras, retomada con supuestos muy distintos por Von Neumann. Sraffa la aplica a un modelo de producción pura, en el que la demanda no juega ningún papel autónomo, y consigue por esta vía una representación intuitivamente cuasifotográfica de los ciclos reproductivos simplificados.

Sraffa demuestra que existen relaciones entre valores y precios de producción; pero que son mucho más complicadas de lo que los marxistas acostumbraban a creer. Muestra, además, que son conceptos analíticamente independientes en el sentido de que para llegar a los precios de producción no hace falta empezar elevándose hasta los valores para luego después descender hasta los precios.

En PMMM no hay ninguna crítica a Marx. Más aún, Sraffa muestra tres vías para justificar la solidez de la teoría del valor trabajo, a saber, la aproximación ‘mercancía’, la aproximación ‘trabajo fechado’ y la aproximación mediante ‘subsistemas’. Pero también pone de manifiesto que la cuantificación de propiedades derivadas sobre la base de valores trabajo es más bien una operación indirecta y poco fina, de modo que lo aconsejable es operar con precios de producción. Muchos conceptos marxistas quedan entonces sujetos a revisión, si se quiere de veras una representación auténtica de una economía. Por ejemplo, la plusvalía como magnitud cuantitativa resulta una construcción extremadamente burda cuando hay modificaciones en la distribución y es, por tanto, preferible utilizar el concepto de excedente como catálogo de bienes heterogéneos y observables. Algo parecido le ocurre a la ‘composición orgánica de capital’ cuando sabemos las complicaciones que acarrea el tratamiento riguroso del capital fijo mediante esquemas de producción conjunta. Incluso la ‘tasa de explotación’ se ve aquejada de ciertas deficiencias. En compensación hay que resaltar que Sraffa inventó una fórmula fundamental que condensa una relación

inversamente proporcional entre tipo de beneficios (r) y salarios (w). Es ésta:

$$r = R(1 - w)$$

Sraffa no pretende ofrecer una explicación de lo que determina la tasa de explotación. Muestra simplemente que la relación entre condiciones técnicas, explotación y tasa de beneficios uniforme queda perfectamente determinada. ¿Cómo profundizar en esta problemática? Al menos dos grandes principios explicativos del arsenal marxista –la lucha de clases y el ejército industrial de reserva– podrían iluminar los procesos históricos y ser utilizados como pivote sobre el cual sostener investigaciones teóricas rigurosas.

La crítica de Sraffa ha resultado demoledora contra categorías económicas que gozaban de una aureola de respetabilidad ('capital', por ejemplo). Sin duda, los expertos lo saben, pero continúan enseñándose y utilizándose en la literatura económica funciones de producción agregadas. Y se continúa hablando de 'sectores intensivos en capital' sin adjuntar las precauciones exigibles

Pero también ha tenido efectos destructores para la beatería marxista. Yo, particularmente, siento vergüenza ajena cuando leo afirmaciones que sobreentienden que la 'ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia' es un sólido teorema, o que en la 'transformación de valores en precios', precios totales son iguales a los valores totales y que suma de plusvalías es igual a la suma de ganancias, todo a la vez. En la actualidad, desde 1972 y, sobre todo, luego de la publicación del libro de Steedman, *Marx after Sraffa* (1977) han tenido lugar grandes debates sobre la validez de la teoría del valor trabajo y de algunas otras proposiciones marxistas –algunas consideradas fundamentales– como la presunta 'ley de la tendencia decreciente de la tasa de beneficios'.

Sin duda, en ocasiones, al leer algunos textos, uno puede llegar a pensar que Marx y Sraffa son dos académicos coetáneos que a través de sus discípulos respectivos se lanzan puyas sobre algunas cuestiones misteriosas, para cuya cabal comprensión hace falta estar por lo menos familiarizado con una rama moderna de las matemáticas, el cálculo matricial. A veces también resulta patente que detrás de ciertos debates y tomas de postura hay tomas de partido en cuanto a ideologías políticas. Incluso es posible hallar manifestaciones de “mala conciencia” para compensar la virulencia de ciertas críticas.

Quizás hasta cierto punto todo eso sea inevitable.

Durante muchos años, Karl Marx fue considerado o bien un ogro o bien un profeta. Intelectualmente jugó el papel de padre dominante. La situación ha cambiado, pero quedan rastros del pasado. Hoy es un icono inofensivo y esterilizado al que se puede tildar de “post-ricardiano menor” (Samuelson) o incluso de “burgués cultivado y distinguido” (Glucksmann). Sin embargo, Sraffa nos demostró que lo más fructífero era considerarle un maestro, del que se pueden aprender muchas cosas. Un maestro que no pide que se reciten sus frases, sino que nos esforcemos en pensar por cuenta propia.

¡Ojalá esta sea la herencia más estimada y duradera!

[PS 2021. El texto de esta conferencia –un texto con fallidas pretensiones de que diera pie a algún coloquio ulterior– fue publicado en el volumen consagrado a las desorbitadas intervenciones del *Coloquio Internacional* celebrado en Madrid el mes de octubre de 1983. Dicha obra, un impresionante mamotreto de 688 páginas, fue editada por Román Reyes bajo el título *Cien años después de Marx. Ciencia y marxismo*. (Madrid, Akal, 1986). Nuestro texto va de la página 233 a la 244. Se reproduce aquí con algunas correcciones menudas, unas obligadas, otras optativas]